

Otro día sin dios

Ayelén Peralta



Image not found.

Capítulo 1

Otro día sin dios

Estoy bien despierta, inhalando la tiniebla.

La tarde de siempre va cambiando el mate, porque madre tiene una colección de mates por usar. El cariño de sus iris amarronados de cordero de Dios auténtico, sobre mis mejillas de bizcocho y sobre la yerba mate - hierba que satisface nuestras papilas y nuestro sueño de dopamina -; declara el vínculo una vez más, sin hallar la parte extraviada, que no se me atreve a dignarse...

La seguridad demasiado segura, continúa con su tarea de represión innata, esculpiendo serenatas de mediocridad inocente.

Mi forma expresiva es tan poco clara como lo que sé escribir a gusto.

Eso de las cinco, transita una serenidad tan grave como el pasado, que a menudo se castiga. Por falta de insistencia, jamás mis lágrimas llegarán a tener motivo para emerger con razón. Sólo cuando frente a su rostro acongojado, emergen, se hace más grande su lógica pena, en tiempos de meriendas umbilicales.

Es que verle tan feliz en el temporal sordo, viejo, huracanado; habitando la prosa mecánica del escándalo por el mate sin azúcar...

Es que nada ocurre nunca en las cocinas de idénticas tardes de tedios latentes; solamente me miran a través del telescopio casero -que armó con sus propios dedos- sus ojos creyentes (excepto en las flores de un día).

La distracción del hule verde de fucsia, sin un plan de acción, isemejante a un ensayo precipitado, ausente de algún cuerpo portador de gajes del oficio...!, no sabe empapar mis labios de triviales vocablos, para librarme de ser sujeto de todo lo predicado por un alma colectiva.

Profunda tisis primaveral.

El bramido del silencio hace su labor superflua y fatal. Y, entonces, puedo ser tan muda como la sordera de nuestros ojos completos de matices inabarcables, que aman al filo de los ángulos agudos, esos ofrecidos por cálidos muebles familiares poblados de cobarde represión escénica...

Crece la hiedra de un miedo atroz a despertarle del verano espeso de plagas cementas y de jejenes de menta color ruda, de la sidra caliente sobre el mosaico embriagado, del vacío de los tanques de agua del

Paraíso... A soltar su mano.

Lo irreversible de la muerte se atropella con mi boca, deseosa de compartirla, al cabo de retractarme en el justo instante!, cuando el instinto aflora, para salvarnos de lo que existe más allá de los tanques y de las rejillas incontenibles de inundaciones inocuas...

Pues es que sería de mi parte brutal, llevarle de la mano a otro sitio que no fuese nuestra portland cuadriculada, privarle de mi metáfora y, cavar hasta los corazones delatores, para ejecutar mi tonta venganza hacia la vida de facto.